

LOS RIESGOS DE PERDER LA PAZ

En cualquiera de las ciudades acosadas por la violencia —sobre todo de los estados norteros— ha poco tiempo hubiera sido motivo de escándalo uno solo de los muchos asesinatos que se cometen ahora cotidianamente. Lo mismo, habría sido inconcebible que los policías fuesen obligados a desertar ante la creciente suma de sus muertos. Hoy, la demanda elemental y lógica de encontrar y sancionar a los criminales ya ni siquiera se plantea, es casi un absurdo, vistas las más de ocho mil ejecuciones atribuidas al crimen organizado desde que comenzó la actual administración federal, casi todas impunes.

En Ciudad Juárez, Culiacán, Tijuana, Nuevo Laredo, para señalar a las urbes que mayor agobio han sufrido, está sucediendo lo que pasa durante las guerras cuando éstas se acercan o llegan a sus lares: los habitantes pierden, por una parte, su capacidad de asombro ante las muertes, al tiempo que son ganados por el temor. Y con ello, también crece la añoranza por los tiempos de paz, valor social este último por el que la colectividad ha estado siempre dispuesta a pagar cualquier precio, hasta el sacrificio de la libertad.

El mundo ha conocido innumerables casos de regímenes que han sucumbido ante una violencia provocada y calculadoramente desatada por organizaciones políticas armadas. Ejemplos notorios fueron las escuadras y los guardias de asalto de fascistas y nazis que se especializaron en provocar el pánico entre la ciudadanía, para obligarla a inclinarse por un sistema totalitario.

La situación que enfrentamos en México es, sin embargo, diferente. No existe, al menos visible, ningún proyecto político atrás de la violencia. Ésta viene de los afanes de lucro y enriquecimiento fácil por el tráfico de estupefacientes. Eso es lo que suponemos en medio de la falta de información. Pero los efectos podrían ser similares a los buscados por los pandilleros de Hitler y Mussolini: provocar un rango de nerviosismo y espanto tales que entre la población cunda la idea de una “solución salvadora”, venida de una autoridad con poderes omnímodos, capaz de imponer el “orden” así sea pasando por encima de los derechos humanos y aplastando todo vestigio de democracia.

A muy pocos se les ocurre que un sistema de este corte acabaría por sobrepasar también todos los límites que impiden a los jefes del crimen tomar el poder político. Entre las opiniones de muchos de los vecinos de estas ciudades abrumadas por la violencia, es raro que alguna repare en el hecho de que los dictadores van siempre de la mano con la corrupción extrema, los enriquecimientos ilícitos y la violencia que ambos traen aparejada.

Así que, la sociedad no debe abdicar renunciado a los postulados democráticos y al Derecho para arribar a soluciones en cualquiera de sus graves problemas, incluyendo el de la violencia. Cualquier otra salida nos lleva a la barbarie.